

I

Primero fue un hilo de sangre
apenas perceptible,
el dibujo fugaz de un arañazo,
un rastro iluminado que no abrasa.

Era la tarde alegre entre los juncos.

Nada hacía presagiar tanto desorden.

V

A estas alturas ya de la desidia:

¿A quién ladrar?
¿A quién lamer la mano?

XII

Rebañando los platos de la memoria,
la vida va cobrando la intensidad
de
una
amenaza.

XV

Con la orfandad del perro
aguardando en la puerta de servicio,
que agacha la cerviz al puntapié,
paladea las sobras y agradece
con gestos excesivos,

como pájaro enjaulado celebrando el alpiste,

como gallo capón picoteando mierda
y engordando para el sacrificio.

Como el gato anciano y medio ciego
suplicando un lugar en la lumbre...

Somos al fin y al cabo animales domésticos,
marionetas insomnes
en el contenedor de la basura,

residuos orgánicos de difícil
clasificación.

XVIII

Se mira en el espejo:
No hay ninguna señal de que haya muerto.

XXXII

Ayer soñé de nuevo con fantasmas,
tan clara la visión
que podía leer sus intenciones
al trasluz de su hálito. Eran pobres
fantasmas desnutridos, apenas sombras,
pero aún sangraban.
Un resto de piedad, un gesto débil
me conminó a escucharlos. Y no supe
negar favor tan breve.

Toda la madrugada
estuve dando vueltas,
tratando de hilvanar aquella historia.
No volverá a ocurrir,
vengo dispuesta
a expulsarlos con saña de mis sueños
a no ser más el paño de sus lágrimas.
Que busquen otra tonta
que cosa sus rasguños o que aprendan
a ir solos por la vida.